

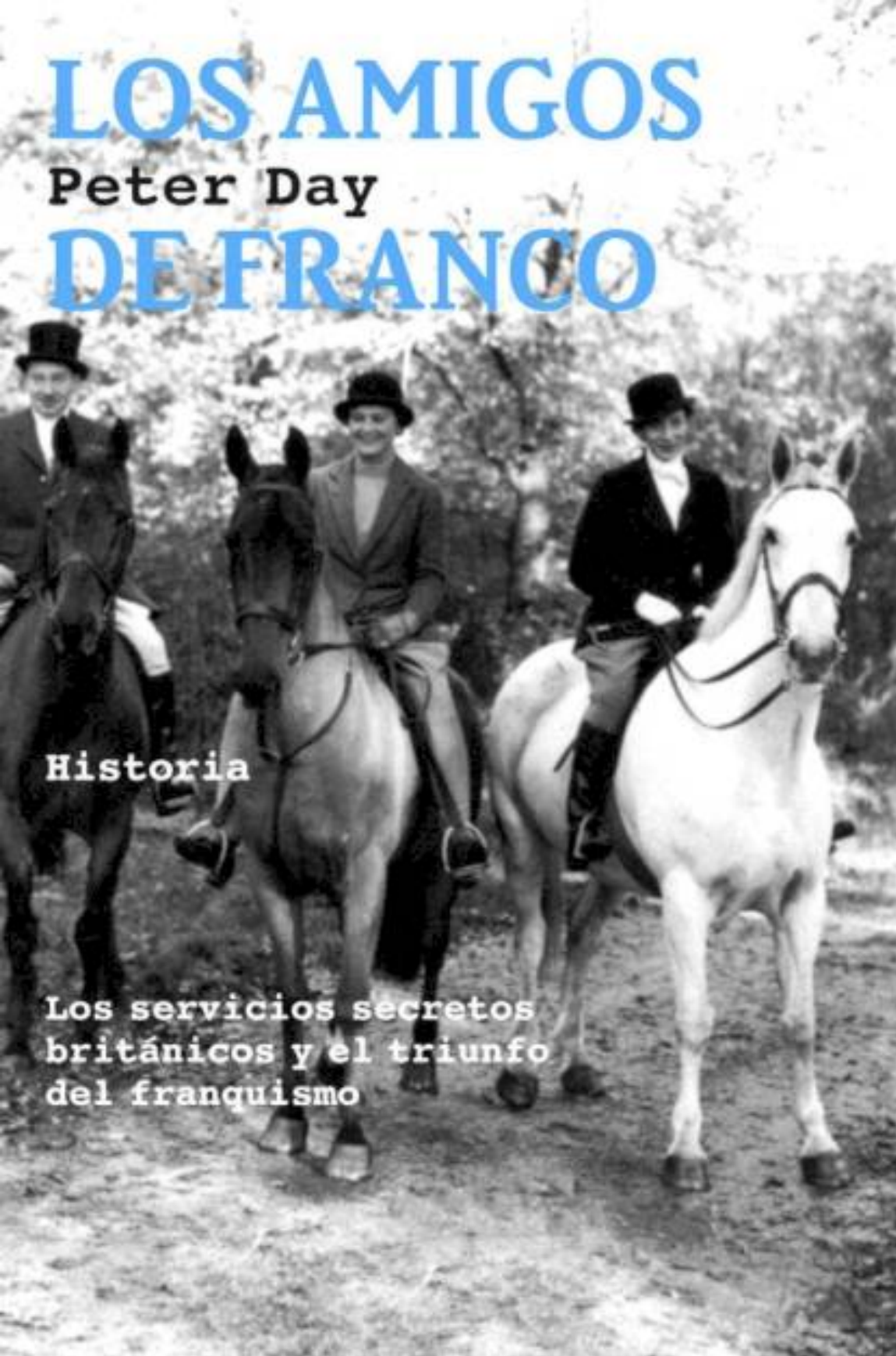
LOS AMIGOS

Peter Day

DE FRANCO

Historia

Los servicios secretos
británicos y el triunfo
del franquismo



Los amigos de Franco cuenta la poco conocida historia de cómo el MI6 ayudó a orquestar el golpe que llevó al general Franco al poder. En este revelador libro, explorando archivos hasta hace poco clasificados, Peter Day detalla los sobornos, las conspiraciones y los dilemas morales ocultos tras una de las acciones más turbias emprendidas por el Gobierno británico en aras de sus intereses.

Asimismo, Day relata la historia, aún más importante, de cómo los agentes británicos evitaron que el régimen de Franco se uniera a su aliado ideológico alemán y mantuviera una neutralidad precaria con consecuencias inéditas para el curso de esta guerra.

Agradecimientos

Mi trabajo de preparación de este libro ha sido posible gracias a la ayuda siempre paciente y eficaz del personal de los National Archives de Kew, así como al frecuente recurso a la London Library, complementado por los Churchill Archives, la Cambridge University Library, el National Maritime Museum y la British Library. Deseo expresar mi agradecimiento especial al Imperial War Museum por el uso de material de su fonoteca. También me he beneficiado de la asistencia de los voluntarios de la Croydon Airport Society, el British Airways Museum y la Fernhurst Society, el archivo del condado de West Sussex y el George Müller Charitable Trust de Bristol. Numerosas personas han puesto generosamente su tiempo y sus conocimientos a mi disposición, entre ellas la señora Jeane Pollard, Colin Davis, Henry y Julia Watson, Michael Petre, la señora Geraldine PetreGuest, Philip Bebb, la profesora June Cumbrae-Stewart y Tristan Hillgarth. Tengo motivos para estar especialmente agradecido a la pericia editorial de Sam Carter y Hollie Teague, que impusieron orden y claridad.

Me gustaría dar las gracias a las siguientes entidades por permitir la reproducción de fotografías: la Garland Collection en el West Sussex Record Office (Hugh y Diana Pollard y Dorothy Watson); la Fernhurst Society (el *pub* Spread Eagle); Getty Images (Juan March, Juan de la Cierva, general Francisco Franco); Tristan Hillgarth (capitán Alan Hillgarth); la National Portrait Gallery (Douglas Jerrold por John Gay) y la Croydon Airport Society (*Dragon Rapide*, Cecil Bebb, George Bryers y Gordon Olley).

Prólogo

El penetrante olor a naranjas atravesaba los vapores de *whisky* en la estrecha y sofocante cabina del *Dragon Rapide*. La brisa marina zarandeaba el pequeño avión que sobrevolaba a varios centenares de metros las olas del Atlántico que se estrellaban contra restos de naufragios en la costa norteafricana. No había ningún motivo obvio de alarma y Diana Pollard era reacia a gritar para hacerse oír en medio del estruendo de los dos motores y preguntar si algo iba mal, pero sabía que si Bebb, el piloto, estaba masticando naranjas era porque algo le preocupaba.

Hacía sólo cuatro días que le conocía, pero ya admiraba al joven aviador de pelo rubio rojizo y rostro pecoso. Se le veía seguro de sí mismo y competente, y no necesitaba echar tragos frecuentes de la petaca para calmar los nervios, a diferencia del radiotelegrafista que habían dejado en Casablanca.

Los dos españoles se habían quedado allí también y ahora las decisiones las tomaba el padre de Diana, Hugh. También él era aficionado a la bebida, pero sabía comportarse. A través de la puerta entreabierta de su estudio Diana le había visto sacar un revólver del armero, limpiarlo y comprobar que funcionara como hacía siempre antes de meterlo debajo de sus camisas en la maleta. Al pensar en el arma, Diana sentía aprensión y tranquilidad al mismo tiempo.

A su lado, Dorothy Watson se movió en el asiento y alargó una mano para sacar el paquete de cigarrillos que llevaba debajo del elástico de la ropa interior. Qué ordinario. Pero era de esperar. Después de todo, Dorothy era la

que cuidaba de las gallinas de la familia, pero en realidad era buena persona, siempre alegre y dispuesta a hacer lo que le ordenaran.

A la hora del almuerzo, en el desierto, mientras bailaban el tango con unos libidinosos legionarios españoles del puesto militar de Cabo Juby, había dado la impresión de ser totalmente ajena a los riesgos que estaban corriendo, despreocupada y flirteando peligrosamente. Había notado cierto tono de nerviosismo en la voz de su padre al decirle al comandante que realmente tenían que irse y había comprendido que su capacidad de protegerlas si las cosas se ponían feas no era infinita.

Dorothy estaba mirando por encima de su hombro las fotos de moda del ejemplar de *Vogue* que tenía abierto sobre el regazo. Atrajo la atención de su padre y apartó la revista, demasiado rápidamente. Su padre había escondido unos documentos entre las páginas y Diana no se había atrevido a mirarlos siquiera.

Que se los confiase era, para ella, un gran cumplido. No la había llevado en ninguna de sus anteriores aventuras y estaba decidida a no defraudarle. La vida de su padre era en gran parte un misterio para ella. Era militar, pero no de los que desfilaban de uniforme y dando órdenes a gritos. Las guerras pequeñas y las escaramuzas eran su especialidad, y cuando no había ninguna se entretenía haciendo experimentos con armas de fuego y resolviendo crímenes para Scotland Yard.

La verdad sea dicha, hubiese preferido que no la metiera en esta misión. Se parecía un poco a él, bonita y zorruna, intrépida aficionada a cazar a caballo con perros, pero tenía sólo diecinueve años y acababa de salir de un colegio de monjas. No obstante, se había formado una mala opinión de los españoles con los que se habían encontrado, incluso del elegante Luis Bolín con su bigote a lo Clark Gable, guapo y bronceado.

Mandaban ellos y Diana lo sabía. Pero después del histrionismo de Burdeos, Biarritz y Lisboa, habían optado por quedarse y ahora la iniciativa era de los ingleses. Su padre le había advertido que ambos serían fusilados si los pillaban, pero nadie iba a llamarla cobarde. El rostro preocupado de su madre se le aparecía a cada momento: «Ya estamos otra vez con éstas, ¡ay!, puede que no vuelva ninguno de ellos».

Todo había empezado unos días antes con una llamada telefónica recibida en el estudio de Hugh Pollard, a la que siguió una conversación en voz baja. Luis Bolín necesitaba un aeroplano, un hombre digno de confianza y dos rubias platino para desviar la atención de su verdadero propósito. «¿Puedes volar a África mañana con dos chicas?», fue la pregunta que hizo a Hugh. «Depende de las chicas», fue la previsible respuesta. «Puedes elegir.» A la hora del té, Hugh Pollard ya se encontraba cerrando un trato con un apretón de manos en la campiña de Sussex, a punto de emprender una aventura que cambiaría el rumbo de la historia.

1

Conspiradores

Al parecer, nadie dijo a Luis Bolín que la mejor manera de guardar un secreto consiste en no revelar que conoces uno. El almuerzo en Simpson's, en el Strand, se celebró con un secretismo tan ostentoso que todos los presentes en el restaurante de Londres se dieron cuenta de que se estaba tramando algo. Su invitado, el puntillosamente inglés Douglas Jerrold, contempló con una mezcla de desagrado y humor los aspavientos de su viejo amigo mientras comían lomo de cordero asado, a cuatro chelines por barba, bebían clarete y conspiraban de forma displicente. Es imposible que el MI6 no estuviera al tanto de aquel almuerzo que tenía lugar a menos de cuatrocientos metros de la residencia del primer ministro en Downing Street. De hecho, se dice que el invitado principal era uno de sus agentes.

Los tres hombres sentados a la mesa, tramando un golpe militar que depondría al Gobierno español elegido legítimamente y que contaba a Gran Bretaña entre sus aliados, tenían conexiones en los más altos niveles de la política, el comercio y la aristocracia británicos. El avión que llevó al general Francisco Franco a reunirse con sus tropas en Marruecos era propiedad del más importante magnate del tabaco en Gran Bretaña. Era uno de los pilares de la banca y tenía extensos intereses en el mundo de las finanzas. El español que organizó el vuelo conocía a la mayor parte de los altos mandos de la Fuerza Aérea. Los conspi-

radores tenían fácil acceso a las casas reales de Gran Bretaña y España.

El amor es ciego, la amistad cierra los ojos, dice el viejo refrán. Eso hicieron los amigos británicos de Franco. Optaron por pasar por alto la brutalidad y la represión que duraron cuarenta años, la filosofía fascista y la colaboración con Hitler y Mussolini.

Más que cerrar los ojos, el MI6 los apartó pudorosamente. En el Foreign Office [Ministerio de Asuntos Exteriores] los llamaban «los Amigos», gente cuya verdadera identidad nunca era reconocida. El Foreign Office podía desentenderse así de sus malas pasadas.

El subdirector del MI6 estaba en contacto con los conspiradores y dos de los actores principales del drama, Hugh Pollard y Arthur Loveday, actuaban como agentes. Pollard estuvo involucrado en revoluciones en tres continentes, en la represión violenta de la campaña sanguinaria del IRA a favor de la independencia de Irlanda, y también tuvo que ver con algunas de las campañas propagandísticas más sucias durante la primera guerra mundial.

Loveday se jactaba de haber estado detrás del desenmascaramiento de un complot comunista que justificó el golpe preventivo de Franco. Es casi seguro que las pruebas que reveló eran falsas, el equivalente español de la carta de Zinoviev.

También interpretaron un papel en una de las mayores operaciones secretas de la segunda guerra mundial. Sus contactos y su influencia abrieron el camino al soborno generalizado de los escalones más elevados del Gobierno militar español, el precio que hubo que pagar para persuadir a Franco de que no entrara en guerra en el bando de Hitler.

Al terminar la guerra llegó el momento de pagar. Para satisfacer la cuenta, los servicios de inteligencia, el Foreign Office y el Exchequer [Ministerio de Hacienda] colabora-

ron con sus amigos españoles en una estafa de proporciones asombrosas.

El almuerzo en Simpson's fue organizado por Luis Antonio Bolín, cuyo encanto superficial ocultaba una vena de maldad. Guapo, de ojos negros y pelo entrecano, Bolín era, según Diana, la hija de Hugh Pollard, «un poco teatral», parecía «un astro de Hollywood más que una persona real^[1]». Fue jefe de prensa del general Franco en el conflicto sangriento en el cual la propaganda era un arma de primera línea. Tenía mala fama por intimidar con amenazas de muerte a los periodistas que no aceptaban los argumentos de los nacionales y por defender los peores excesos de su bando.

Bolín era nieto de un diplomático británico, Charles Toll Bidwell, que había servido en Panamá y las islas Baleares antes de ocupar el puesto de cónsul británico en Málaga en 1881^[2]. Bolín había sido corresponsal de prensa en Francia durante la primera guerra mundial y agregado de prensa de la embajada española en Londres en 1920. Había estudiado Derecho en el Middle Temple^[1a] y había vivido en Gran Bretaña durante veinte años, por lo que se encontraba muy a gusto, con su esposa, Mercedes, su hijo de cinco años, Fernando, y su hija recién nacida, Marisol, en Hornton Sreet, Kensington, como parte del mundillo social anglo-español. Corresponsal en Londres del periódico español *Abc* y de la revista *Blanco y Negro*, recibía órdenes, para el trabajo y para la sublevación, del director y propietario de ambas publicaciones, el marqués de Luca de Tena^[3].

Uno de los otros dos comensales era el inventor Juan de la Cierva, cuyos autogiros fueron los precursores del helicóptero. Su padre, que también se llamaba Juan, había sido líder del Partido Conservador español y ministro de la Guerra. Franco fue uno de los militares a los que envió para vengar la espantosa serie de derrotas que el Ejército español había sufrido a manos del líder tribal ma-

roquí Abd el-Krim. El rey Alfonso XIII de España era amigo de la familia desde hacía mucho tiempo.

Desde que contaba catorce años de edad, De la Cierva había construido aeroplanos. El primero era propulsado por un grupo de niños que corrían al tiempo que tiraban del extremo de una cuerda. De la Cierva se trasladó a Londres y en 1925 hizo una demostración de su autogiro en Farnborough, sede de la Fábrica de Globos de Su Majestad y cuna de la investigación aeronáutica británica. El ministro del Aire, *Sir Samuel Hoare*, quedó tan impresionado que encargó cuatro inmediatamente. La versión norteamericana fue presentada en la Casa Blanca.

De la Cierva tenía contactos en lo más alto del Ministerio del Aire y en el mundo de la política. Su socio en los negocios y financiador era el general de brigada de las Fuerzas Aéreas James Weir, gobernador del Banco de Inglaterra. Según Bolín, De la Cierva se encontraba cenando en el domicilio de Weir la noche en que llegaron las órdenes de poner en marcha la revuelta y Bolín le telefoneó allí para hablar de ello. De la Cierva se fue corriendo a casa de Bolín para ultimar los detalles mientras bebían unos vasos de *whisky*^[4].

El hermano mayor de James Weir, Lord Weir, también tenía acciones en la compañía de Juan de la Cierva. Era asesor personal del ministro del Aire, encargado de incrementar la producción de cazas Spitfire y Hurricane^[5], y gozaba de la confianza de Winston Churchill, por ser socios de un mismo club. Durante el verano de 1936 los dos hombres cruzaron una animosa correspondencia sobre la necesidad del rearme^[6].

Completaba el trío Douglas Jerrold, una figura enigmática: consejero de la respetada editorial Eyre and Spottiswoode; director de la *English Review*, la revista de los *tories*; héroe de guerra; católico devoto y vínculo fundamental entre la causa de los nacionales españoles y el establishment británico. Estaba relacionado con la Anglo-

German Fellowship [Sociedad Anglo-alemana] y con The Link [El Vínculo], dos organizaciones que eran criticadas por sus inclinaciones favorables a Hitler antes del estallido de la segunda guerra mundial, pero no era nazi y deploraba el antisemitismo. Su editorial era una de las tres que tenían permiso para publicar la versión autorizada de la Biblia, pero también publicó la notoria falsificación antisemita conocida como *Los protocolos de los sabios de Sión*, lo que parece una aberración. Brendan Bracken, amigo íntimo y asistente personal de Winston Churchill durante la guerra, era otro de los consejeros de la editorial.

Jerrold había nacido en Scarborough en 1893 y añoraba las glorias de una época anterior. Insistía en llevar una chaqueta negra pasada de moda, camisa de cuello almidonado y pantalones a rayas. Su padre era auditor de distrito de la junta de gobierno municipal, pero Jerrold siguió los pasos de su abuelo Blanchard Jerrold y su bisabuelo Douglas W. Jerrold, ambos dramaturgos y hombres de letras. El abuelo Douglas fue uno de los fundadores y colaboradores de la revista *Punch* y amigo íntimo de Charles Dickens; Blanchard fue director de periódico, *bon vivant* y amigo y colaborador del artista francés Gustave Doré.

El joven Douglas había obtenido una beca para estudiar historia moderna en el New College de Oxford, donde empezó su carrera de periodista político y trabó amistad con varios hombres influyentes. Abandonó la universidad al empezar la primera guerra mundial, se alistó en la Real División Naval –unidad militar integrada por reservistas de la Marina– y combatió en Galípoli y en el Somme, donde resultó herido y perdió el uso del brazo izquierdo, discapacidad que superó a fuerza de humor negro y resolución. Después de la contienda escribió la historia de la división, con prefacio de Churchill, que había sido Primer Lord del Almirantazgo.

Alguien dijo de él que era un hombre grande de cabeza pequeña, a veces melancólico y difícil, pero con un amplio círculo social gracias a su pertenencia a algunos de los clubes más renombrados de Londres, entre ellos el Athenaeum, el Carlton y el Authors' Club, sito en el número 2 de Whitehall Court, Westminster, donde tenía un piso^[7]. En el número 2 de Whitehall Court tenía también su oficina Mansfield Cumming, el primer director del MI6.

Jerrold reaccionó con vehemencia contra los flirteos intelectuales con el socialismo y el marxismo en los decenios de 1920 y 1930. Fue la época en que los espías de Cambridge –Blunt, Burgess, Maclean y Philby– fueron reclutados por los servicios de inteligencia soviéticos. De hecho, una de las primeras misiones de Philby fue el asesinato de Franco, encargo en el que fracasó manifiestamente. Jerrold reconocía los defectos de la industrialización y las iniquidades del capitalismo, pero veía la solución en un retorno a los valores cristianos y humanos en un Estado corporativo al que no se llegaría por medio de la democracia, sino de una especie de dictadura benévola. Admiraba a Mussolini y pensaba que podría conducir al Partido Conservador en la misma dirección promocionando a Lord Lloyd, ex alto comisario en Egipto y Sudán. En noviembre de 1933 la *English Review* organizó un almuerzo para lanzar esta campaña, que contaba con el apoyo de entre cincuenta y sesenta diputados. Asistió mucha gente pero fue un fracaso, como reconoció con tristeza Jerrold, porque su protegido estaba más interesado en participar en el cambio que en encabezarlo y porque «el público consistía en devotos suscriptores de la *English Review* que nunca habían leído una línea de lo que se había escrito en ella».

Sin darse en absoluto por vencido, el mes siguiente Jerrold proclamó en su revista:

No hay necesidad más en boga que la afirmación de que los ingleses jamás tolerarán una dictadura. Al amparo de reformas constitucionales de carácter muy endeble los ingleses han insistido invariablemente en ser gobernados o bien por una oligarquía cerrada o por una dictadura virtual [...]. Los aparatos de los partidos han fracasado de forma notoria en la tarea de gobernar y por esta razón están perdiendo la confianza del público, y a menos que el Parlamento al amparo del sufragio universal pueda llevar a cabo la indispensable tarea de liderazgo, una dictadura es no sólo inevitable sino necesaria^[8].

Albergaba la esperanza de entrar en el Parlamento él mismo, pero los conservadores no quisieron ofrecerle un escaño. Inglaterra podía no estar preparada para su visión de las cosas, pero Jerrold pensaba que en España la necesidad pedía a gritos que la satisficieran. Refiriéndose a aquel periodo, en 1950 escribió:

Cualquier funcionario meramente competente de cualquier ministerio de exteriores del mundo debió de ver, en cuanto estalló la guerra civil española, un acontecimiento de inmensa trascendencia para Europa [...]. Durante cuatro años y medio los acontecimientos de España fueron noticias secundarias. La expulsión de los jesuitas, la confiscación de propiedades, la secularización de la enseñanza, la legalización del divorcio: el mundo vio con indiferencia estas señales claras de la revolución que se acercaba [...]. España, para las miradas más superficiales, o bien se estaba desplazando hacia la izquierda, para convertirse en una avanzada del bolchevismo en Occidente, o hacia la derecha, para convertirse, con nuestro viejo aliado Portugal, en una avanzada cristiana y civilizada, pero una avanzada, de todos modos, del autoritarismo. Para Inglaterra era un asunto de vital importancia. Aunque nuestros líderes ignorasen por completo las cuestiones morales y políticas que estaban en juego, a ninguno de ellos se le escapaba la importancia de Gibraltar, o la importancia casi igual que desde el punto de vista militar tendría una España

neutral en caso de una nueva guerra anglo-alemana en suelo francés^[9].

En 1933, por medio de Eyre and Spottiswoode, había publicado anónimamente un volumen titulado *The Spanish Republic: A Survey of Two Years of Progress*. Sus colaboradores en el proyecto fueron Luis Bolín y el marqués del Moral. Nacido y criado en Australia, hijo de padre español y madre inglesa, el marqués había sido oficial de inteligencia de Lord Kitchener durante la guerra de los bóers y volvió a desempeñar funciones de agente de inteligencia durante un breve periodo en la segunda guerra mundial.

El prefacio del libro afirmaba que se ocupaba exclusivamente de hechos y no tenía motivaciones políticas. A continuación explicaba que bajo la suave y constructiva dictadura del general Primo de Rivera la libertad y el orden reinaron de forma absoluta en todo el país, y todos los sistemas y comunicaciones, incluidos los ferrocarriles, las carreteras y los teléfonos, mejoraron inmensamente..., la eficiencia de la administración se multiplicó por mil, las finanzas de la nación se asentaron sobre una base sólida, se acabó con el terrorismo, los mendigos desaparecieron de las calles y el saneamiento avanzó a buen ritmo.

Todo esto lo había echado por la borda un electorado crédulo al que habían seducido las promesas de los agentes de la francmasonería del Gran Oriente y el Sóviet, que estaban empujando a la nación hacia el caos y la ruina, caracterizados por las huelgas, los disturbios y los atentados con bombas. El libro pintaba un sombrío panorama de los horrores que la Iglesia, el mundo empresarial y las clases terratenientes habían sufrido a manos de los socialistas y los anarquistas^[10].

Jerrold había escrito *The Spanish Republic* alentado por el historiador Sir Charles Petrie, monárquico que, al igual que él, admiraba a Mussolini y desconfiaba de Hitler.

Durante la primera guerra mundial Petrie había trabajado en la oficina del gabinete, donde conoció al novelista John Buchan, que se encargaba de la propaganda del Gobierno. La guerra había interrumpido sus estudios universitarios y en Oxford, en el decenio de 1920, cuando era presidente del Oxford Carlton Club, conoció a muchos de los *tories* más destacados de la época.

Jerrold había entrevistado al rey Alfonso XIII de España después de que éste abandonara el trono en 1931 y Petrie estaba frecuentemente en contacto con el monarca, al que consideraba «el español más grande del siglo XX».

Tras la publicación del libro, en Londres se formó el Spanish Committee [Comité Español]. Aparte de Petrie y Jerrold, entre sus miembros ingleses se encontraba el diputado *tory* Sir Victor Raikes, que mantenía vínculos con Stewart Menzies, a la sazón subdirector del MI6, debido a que ambos pertenecían al Grupo Político Imperial, que era muy favorable a seguir una política orientada a apaciguar a los nazis. El secretario del grupo, Kenneth de Courcy, era amigo de Menzies y, al igual que éste, socio del White's Club^[11].

El Spanish Committee contaba con el apoyo del rey Alfonso XIII y del duque de Alba, cuyo título británico, el de duque de Berwick, era fruto de su condición de descendiente directo del rey Jacobo II de Inglaterra y su amante, Arabella Churchill. El duque fue el embajador de Franco en Londres durante la segunda guerra mundial^[12].

Este grupo fue el origen de otro que se llamaba Friends of Nationalist Spain [Amigos de la España Nacional]. Se dice que De Courcy era uno de sus miembros fundadores y amigo de Jerrold. El estudioso de los servicios de inteligencia Stephen Dorril identifica a Jerrold como miembro del MI6^[13].

La autobiografía de Jerrold, *Georgian Adventure*, publicada en 1937, es un lamento por la pérdida de una era eduardiana supuestamente dorada: de la desaparición del